

Cinco minutos con Río Branco

(Recuerdos de periodismo)

Yo debía visitar a Río Branco, a cuya política había flagelado desde las columnas del diario que dirigía en Buenos Aires, y cómo irme de la capital fluminense, sin conocer a esta figura que irradiaba su influencia fuera de su país, con rumbos imperialistas? Era en el mes de Agosto de 1909, y me alojaba en el Hotel de la Avenida, con nombre supuesto, para no excitar el chauvinismo brasileño, que si hubiera descubierto mi verdadera identidad, de periodista partidario de los armamentos en la Argentina, enemigo de la jurisdicción en el Plata de los uruguayos y amigo del canciller Zeballos, a buen seguro me dan un mal rato.

Tomé uno de esos carrajeos que en Río son comunes, y a las dos de la tarde, bajo un sol ardiente que azotaba las calles y parecía enrojecer las aguas



de la bahía, me dirigí a Itamaraty, la residencia del gran hombre, a quien en vida su pueblo le rendía el insigne honor de glorificarlo, bautizando calles, plazas y comercios con su nombre popularísimo. Descendi del vehículo a la puerta del Ministerio, y entré resueltamente, por una hermosa escalera de mármol, flanqueada por enormes helechos, que sobre los caminos rojos difundían un tinte oscuro, que amortiguaba el fondo luminoso del hall. Todo estaba allí silencioso, como si fuera una casa abandonada, o si sus moradores se hubieran entregados a la siesta; ni un sirviente, ni un empleado, y mientras contemplaba el salón de recepciones, riñosamente tapizado, llegaba de la vía pública el rumor creciente del tráfico, y los gritos de la muchedumbre laboriosa. Absorto en un cuadro alegórico, pretensioso en cuanto a la posición que en él se atribuía a Río Branco, no me había apercibido de la presencia de varias personas. Di

vuelta, y me hallé con dos compatriotas, que como yo, estaban en Río y aguardaban en ese puerto el arribo del Dr. Sáenz Peña, entonces candidato a la presidencia de la república y en viaje a la patria.

— Usted por acá? — Y lo han conocido? Nosotros vinimos a saludar al barón. El que nos guió es Pinheiro do Amaral, su secretario.

Hice un gesto tranquilizador y contemplé a los que se alejaban, acompañados de aquel señor do Amaral, pequeño y grueso y de rostro trigueño y vivaz. Minutos después, los tenía de nuevo con Río Branco, el famoso *barão*, a quien el diario *A Noite* llamaba "invencible Bismarck de Sud América, padre del Brasil", con cuyos epítetos deleitaba noche a noche al público de la *rua D' Ouvidor* y la *Avenida*, mientras infiltraba el antiargentino latente de entonces, que trasudaban los órganos de aquella urbe tropical.

Río Branco acompañó hasta el hall a sus visitantes, y al regreso, me divisó. En su idioma nativo, con

voz firme, me preguntó qué deseaba, y yo le alargué mi tarjeta. Perdóname mi querido colega, pero él sabe de estas usurpaciones de estado civil, cuando se trata de lograr éxitos en ejercicio del oficio. La tarjeta decía: "Julio C. Niño, de *Tribuna*", a lo que yo le había agregado: "Buenos Aires".

Allí mismo, de pie, en medio de la magnificencia del salón, Río Branco, alto, de hombros robustos, ojos profundos, vestido con levita negra, un poco pálido, pues ya la dolencia que lo llevó a la tumba recrudecía en su organismo, con ademanes lentos, hizo un entusiasta elogio de la prensa amiga del Brasil en la Argentina, y me declaró que era víctima de la calumnia de sus enemigos del Plata, "que tenían diarios que extraían el criterio internacional". Conversamos algo más del Dr. Sáenz Peña, a quien

daría un banquete al día siguiente, en el mismo Itamaraty, y me mostró un busto del general Mitre que tenía en una sala contigua.

— Gran eminencia el jefe de la triple alianza! — agregó — y muy amigo del Brasil el general Roca, a quien ha respondido siempre su diario...

Como viniera el secretario, y yo no deseara prolongar la visita, me despedí del canciller, no sin que el barón me instara a volver.

Regresé al hotel, y a la mañana siguiente, *O Jornal do Comercio*, en la crónica de festejos al doctor Sáenz Peña, publicaba un suelto anunciando "que se hallaba en Río, el redactor en jefe del diario tal, de Buenos Aires, don fulano, enemigo del Brasil y allegado al señor Zeballos."

Se había descubierto mi identidad, ¿por algún compañero indiscreto y travieso, por sagacidad del barón, por informe del hotel o por denuncia de la policía secreta que la legación de Río mantenía en Buenos Aires?

No lo sé, pero al embarcarme esa misma tarde en el paquete "Cap Vilano", y mientras contemplaba el bellísimo panorama de la bahía, y las desmostraciones que se le hacían al doctor Sáenz Peña, un argentino de posición diplomática, se acercó y me dijo:

— El barón me ha encargado lo busque y le muestre que lo recibirá con placer si usted le presenta su verdadera tarjeta.

Le pedí le transmitiera mis excusas, añadiendo que un amigo de Zeballos, de paso por Río, no podía ausentarse de aquella ciudad sin conocer a Tijuca, al Corcovado y a Río Branco.

Y al barón había logrado verlo de cerca. Era todo.

Manuel MARÍA OLIVER.

Dib. de Friedrich.